

que sea, la caridad, debe sernos entredicho. La demasiada indulgencia con nosotros mismos al tiempo que tenemos tan poca con los demás, es por lo comun el origen de muchas faltas. Todo lo que puede hacer algun agravio al prójimo, por ligero que sea, y cuanto tenga la sombra solamente de pecado, debe causarnos horror. La imágen sola de un monstruo horrendo espanta. Repitamos muchas veces estas hermosas palabras: *Quiero mejor morir, que manchar jamás mi alma.* No nos contentemos con tener horror al pecado, tengámosle tambien á las ocasiones del pecado; huyamos de ellas tanto como del pecado mismo. No se detesta el pecado, cuando no se tiene horror á la ocasion.

DOMINGO DÉCIMOCUARTO DESPUES DE PENTECOSTES.

ADVERTENCIA. *En la Dominica 5.^a del mes de setiembre, que suele concurrir comunmente con la Décimacuarta despues de Pentecostes, celebramos la fiesta de los DOLORÉS DE NUESTRA SEÑORA, cuya esplicacion puede verse en el dia 14 del mes de setiembre, pág. 294.*

EL domingo décimocuarto despues de Pentecostes se ha llamado comunmente en la Iglesia latina el domingo de los dos Amos ó de la Providencia, á causa del Evangelio que se lee en la misa de este dia, y que se leia ya en tiempo de S. Gregorio. Está tomado del capítulo 6 de S. Mateo, en el que el Salvador declara la imposibilidad de servir al mismo tiempo á dos señores, como son Dios y el mundo; no siendo posible agradar al uno sin desagradar al otro, y que es una quimera el querer contentar á los dos. Jesucristo exhorta en seguida á sus discipulos á que no se afanen tanto por las necesidades de la vida; les dice que teniendo Dios como tiene tanto cuidado de las criaturas inanimadas, no es posible que las racionales queden olvidadas; que conoce todas nuestras necesidades, y que no permitirá que carezcamos de nada de lo preciso con tal que nosotros pongamos en él toda nuestra confianza, y que esta religiosa confianza debe particularmente distinguir á los fieles de los gentiles. No es menos interesante la instruccion que contiene la Epístola: está tomada de aquel pasaje de S. Pablo á los gálatas en que el Apóstol les instruye y les previene en orden á los deseos, á las obras y á los

frutos de la carne, la cual combate de continuo contra el espíritu; y sobre la necesidad de crucificar su carne, y no dejarse conducir sino por el espíritu. El introito de la misa tiene una perfecta relacion con los dos asuntos: es una corta oracion á Dios nuestro protector omnipotente, en virtud de los méritos de Jesucristo, la cual concluye por la sincera confesion que hacemos de que no hay honor, gloria, ventaja, ni verdadera dicha sino en el servicio de Dios, que es el mejor de todos los padres.

O Dios, protector nuestro, miradnos, fijad vuestra vista sobre el que habeis ungido rey de vuestro pueblo, y acordaos de él en vuestra morada: uno solo de los dias que yo pasaré en este santo lugar; me será infinitamente mas dulce que otros mil que estuviere en cualquiera otra parte.

Arrojado David de Jerusalem por Absalon, espone en este salmo el deseo ardiente que tiene de volver á ver el *tabernáculo*; esto es, el lugar santo en que Dios queria que le pidiesen, antes de haber edificado Salomon el famoso templo de Jerusalem. Filon describe este *tabernáculo* del modo siguiente: Era un edificio compuesto de cuarenta y ocho tableros de cedro revestidos de oro macizo, bajo de cada uno de los cuales habia un basamento de plata, y encima un chapitel de oro. Estaba rodeado con diez piezas de tapicería de diferentes colores preciosos de jacinto, de púrpura y de escarlata; cada una tenia veinte codos de largo y cuatro de ancho: la longitud del tabernáculo era de treinta codos, y tenia diez de ancho; circundábale un pavimento de cien codos de largo y cincuenta de ancho, cerrado con sesenta pilaritos de cedro revestidos de plata. La arca estaba colocada en medio del tabernáculo en el secreto oratorio, y estaba dorada por dentro y por fuera, sobre la cual habia una como cubierta que se llamaba *propiciatorio*, porque aplacaba la cólera de Dios: rodeábanla muchos velos, colocados con broches y argollas de oro. Llamábase este tabernáculo en la Escritura el *tabernáculo del Señor*, ó el *tabernáculo* por excelencia. David suspira por este lugar santo adonde él iba para dilatar allí su corazon en la presencia de Dios: de este modo nosotros, durante nuestro destierro en esta vida, debemos suspirar por los tabernáculos eternos; esto es, por la mansion de los bienaventurados en el cielo, nuestra amada patria. Busquemos cuanto quisiéramos nuestro reposo, nuestra felicidad durante esta vida; no la encontraremos en ninguna parte. La tierra, maldita por el Señor, no puede producir otra cosa que abrojos. El trono mismo, por mas brillante, por mas rico, por mas elevado que sea, no

puede hacer á un hombre feliz. La fortuna mas floreciente, la mas larga prosperidad, la gloria mas brillante pueden deslumbrar, pero no pueden satisfacernos plenamente. Despues de mas de seis mil años que hace que los hombres trabajan por ser felices, ninguno ha podido hallar todavía un reposo lleno y perfecto, que haya fijado todos sus deseos; queda siempre un vacío infinito que no pueden llenar todos los objetos criados; no ha sido hecho el hombre para ellos. Es menester que se eleve hasta Dios; y desde el momento en que toma este partido, halla una paz; una dulzura que no ha encontrado en otra parte, señal evidente de que Dios es el fin y el centro de su reposo. Aun cuando uno fuese el mayor favorito del mas grande monarca del mundo, y hallase todas las dulzuras y todas las ventajas en su servicio, todo esto seria una felicidad quimérica, una dicha imaginaria: un solo día en el pavimento del tabernáculo, un solo día pasado en el servicio de Dios proporciona mas dulzuras verdaderas, causa mas bienes y procura una tranquilidad, una felicidad mas real que cien años pasados en el servicio del príncipe mas poderoso del universo.

La Epistola que se leía ya en la misa aun antes del siglo de Carlo Magno es una regla admirable de conducta, nó solo para los gálatas á quienes escribe S. Pablo, sino para todos los fieles. Exhórtales el santo Apóstol á que vivan como hombres espirituales, segun las luces y la direccion del Espíritu Santo, y de ningun modo segun los deseos de la carne, los que jamás se satisfacen sin dar la muerte al alma.

¿Quereis no realizar los deseos de la carne? les dice: caminad conforme al espíritu, esto es, seguid las impresiones y los piadosos movimientos de la gracia. La concupiscencia es aquel apetito desreglado que ha quedado en el hombre despues, y como consecuencia del pecado. Nacemos con este enemigo doméstico. Podemos debilitarle con el auxilio de la gracia, pero no podemos destruirle: es menester que incesantemente tengamos las armas en la mano para combatirle; es menester estar continuamente alerta contra sus artificios; es menester velar día y noche para no ser víctimas de sus sorpresas; es un peso que arrastra tras de sí; es una sirena que encanta; es una raíz de pecado. El medio de contener esta inclinacion, de resistir á sus encantos y de impedir que brote esta raíz emponzoñada, dice el Apóstol, es caminar segun el espíritu de Jesucristo, es vivir conforme á las máximas del Evangelio, es mortificar todas las pasiones, las cuales pueden considerarse como hijas de la concupiscencia; porque la carne pelea contra el espíritu, así como el espíritu pelea

contra los deseos de la carne. Hácense la guerra el uno al otro, y no hay paz ni aun tregua entre estos dos enemigos. La carne y el espíritu indican aquí los dos principios de todas nuestras acciones morales. La carne ó la concupiscencia, dice Teodoro, es el principio de las acciones malas; el espíritu ó el movimiento de la gracia es el principio de nuestras buenas obras; son demasiadamente contrarios estos dos principios para que jamás estén de acuerdo. De aquí aquella natural inclinacion al mal que la conciencia condena: de aquí aquella inspiracion, aquel deseo de hacer el bien, que la concupiscencia contraria: de aquí aquella ley en nuestros sentidos y en nuestros miembros, de que habla el Apóstol, que se opone sin cesar á la ley del espíritu. La gracia ilumina, solicita, y aun estrecha para que se haga el bien; la concupiscencia clama todavía mas alto que la voz de la gracia, y emplea los sentidos, las pasiones, el amor propio, y todo lo pone por obra para extinguir esta luz, y para hacer ineficaz é inútil la voluntad de hacer el bien. A la verdad, nuestra libertad queda siempre entera á pesar de las poderosas solicitudes de la gracia y de la rebelion de la concupiscencia; pero ¿hacemos siempre buen uso de esta libertad? En esta guerra continua entre el espíritu y la carne, ¿queda siempre la victoria de parte del espíritu? ¿y no estamos nunca de inteligencia con el enemigo de nuestra salud, sofocando nosotros mismos los piadosos movimientos de la gracia? La carne tiene deseos contrarios al espíritu, dice el Apóstol; demasiado que lo esperimentamos: y el espíritu los tiene contrarios á la carne; nuestra conciencia nos lo da bastante á conocer. Hácense la guerra el uno al otro, añade el Apóstol, de suerte que nosotros no hacemos todo lo que quisiéramos hacer; esto es, que la inclinacion al mal, junta á la rebelion de las pasiones, nos conduce con frecuencia á resistir á las luces de la razon y á los movimientos de la gracia, por manera que conociendo el bien, queriendo aun el bien, si bien con una voluntad débil, cedemos á la inclinacion natural que tenemos al mal, pero siempre libremente y por consecuencia por culpa nuestra. *Yo hago el mal que no quiero*, dice S. Pablo escribiendo á los romanos. S. Agustin entiende por el mal que el hombre hace, á pesar suyo, la rebelion de la concupiscencia y los malos deseos involuntarios; y por el bien que querría hacer y que no hace, aquella prontitud y aquella perfeccion en el cumplimiento de la ley de Dios á la cual se opone la turbacion de las pasiones. Las almas mas santas y mas fervorosas no están exentas de esta contrariedad de deseos. Esto es lo que hace decir al mismo Apóstol, que le es muy molesto el

verse sujeto á esta guerra continua; *¿quién me librará de este cuerpo de muerte?* esto es, de esta sujecion á las concupiscencias de la carne. Es esta, dice un sabio intérprete, una esclamacion que el Apóstol pone en la boca del pecador oprimido bajo del peso de su iniquidad, y de la cual reconoce que ni la ley natural, ni la voz de su conciencia, ni la ley escrita son capaces de librarle. *Porque si es el espíritu el que os conduce*, prosigue el Apóstol, *luego no estais ya bajo la ley*. Como si dijera, que habiendo recibido por el bautismo la gracia y el Espíritu Santo que os conduce, no estais ya sujetos á todas las ceremonias legales, á las cuales quieren sujetaros los falsos doctores, para hacer inútil, si pudiesen, la nueva alianza y la ley de Jesucristo.

Os he dicho, continua el Apóstol, que la carne tiene sus deseos, que son contrarios al espíritu; y que el espíritu tiene los suyos, contrarios á la carne: fácil es el conocer unos y otros por sus obras; y *¿qué cosa mas visible que las obras de la carne?* fornicacion, impureza, impudicia, lujuria: vicios abominables que matan al alma embruteciéndola; origen desgraciado de tantos crímenes, todos á cual mas enormes, todos á cual mas horribles, causa detestable de la condenacion de tantas almas. Del mismo fondo nacen el culto de los ídolos, los envenenamientos, las enemistades, las contestaciones, los zelos, los arrebatos de la cólera, las querellas, las disensiones, las cabalas en materia de doctrina; esto es, un espíritu de partido del cual nace el error, el cisma y la herejía, y que alimenta el libertinaje; espíritu de cabala en materia de doctrina, que oscureciendo las luces de la razon misma, estingue la fe, sofoca todo sentimiento de religion, é inspira una rebelion tenaz contra la Iglesia. Todo espíritu de partido y de cabala en materia de doctrina es un fruto de la carne. Las envidias, los homicidios, los excesos del vino, las disoluciones, y cosas semejantes, nacen todas de la misma fuente, la carne es la madre de todas las pasiones, de todos los crímenes; así se ve que todos los que se entregan á estos deseos, vienen á parar en horribles excesos. Luego que domina la concupiscencia, reinan todas las pasiones con imperio; nada hay que las detenga, y todas se derraman como torrentes. *Esto supuesto os digo, como ya os lo he dicho*, añade el santo Apóstol, *que los que hacen tales obras, no poseerán el reino de Dios*. Fórmese el sistema que se quiera, Dios no consulta mas que el suyo. Jamás dejan de tener algún motivo plausible los deseos de la carne; no faltarán nunca en ellos el falso zelo, la emulacion, la cólera. *No hay ninguno que no crea*, decia el Salvador, *hacer un servicio á Dios sacrificándose á su pasion*.

Si nosotros estamos animados del Espíritu Santo, caminemos según el espíritu. Los frutos del espíritu, continua, son tan opuestos á las obras de la carne, que no es posible engañarse. El fruto del espíritu y de la gracia es la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la dulzura, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la fe, la modestia, la continencia, la castidad. Cuando uno está animado del espíritu de Dios, tiene una caridad sin límites y sin medida, se compadece de las flaquezas del prójimo, todo lo escusa en los demás, al paso que nada se perdona á sí mismo, y toma parte en todos sus males. El justo vive de la fe, pero de una fe humilde, simple, activa. El gozo y la paz interior, frutos ordinarios de la buena conciencia, no se hallan sino en un corazón puro. Una dulzura superior á todos los acontecimientos de la vida, un fondo de bondad inagotable, una paciencia á toda prueba, una pureza de corazón y de cuerpo sin tacha, caracterizan á todas las gentes de bien. *Con respecto á los que tienen estas cualidades*, dice el Apóstol, *no hay ley*; como si dijera, que la ley antigua se acabó para los que viven según las máximas del Evangelio. No habiéndose promulgado la ley antigua sino á causa de las prevaricaciones, ni habiendo sido establecida sino contra los que no guardaban los mandamientos de Dios, es inútil para los que cumplen con fidelidad todos los deberes de la justicia, y caminan sin cesar por los senderos de la santidad. *Los que pertenecen á Jesucristo*, concluye S. Pablo, *han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias*; los verdaderos discípulos de Jesucristo, lejos de seguir los deseos de la carne, ni hacer sus obras, la crucifican con una mortificacion continua. Su estudio ordinario es el de reprimir todos los ímpetus de las pasiones, mortificar los sentidos, y sofocar todos los deseos de la concupiscencia. No hay virtud sin mortificacion; ella es el alimento de la inocencia. El amor del placer es el veneno del alma. La vida blanda no fué jamás una vida cristiana. No hay cristiano que no deba decir: *Yo estoy clavado con Jesucristo en la cruz*.

El Evangelio de la misa de este día está sacado del sexto capítulo del Evangelio según S. Mateo. Es la continuacion de aquella instruccion admirable que hizo el Salvador á sus amados discípulos, en la que, después de haberles enseñado como debe hacerse la limosna y la oracion, les da un modelo de esta. Después exhortándolos á que no se consideren sobre la tierra sino como extranjeros, les hace ver que tampoco se debe suspirar mas que por los bienes celestiales y eternos, y que solo en el cielo es, por decirlo así, en donde se debe hacer fortuna. Las

para procurarnos las cosas necesarias para la vida; condena solamente la inquietud, la desconfianza, la solicitud escesiva. Es menester obrar como si todo el éxito dependiese de nuestras diligencias, dice un gran santo; y es menester contar con la divina Providencia como si toda nuestra diligencia no sirviese para nada. Cuando hemos hecho prudentemente de nuestra parte lo que depende de nosotros para proveer á nuestras necesidades, nuestras inquietudes en orden á esto son tan vanas como las del que quisiese añadir un codo á su estatura natural. La ansiedad y la extraordinaria inquietud son tan reprehensibles como la indolencia y la inaccion. Cuando no se cuenta con el auxilio del cielo y de la Providencia, se trabaja perdiendo mucho; y si nuestras diligencias y nuestras fatigas son muchas veces estériles, no echemos la culpa mas que á nuestra poca confianza y religion. ¿Pensamos acaso que con nuestra actividad podamos tener todo lo que necesitamos sin el concurso y el auxilio de la divina Providencia? Dios se complace en confundir nuestro orgullo y nuestra presuntuosa industria. ¡Qué de resortes no se hacen jugar; qué de máquinas no se ponen en movimiento para llegar á ser poderoso, para hacer una fortuna brillante! vigiliias, aplicaciones, intrigas, industrias de nueva invencion, sistemas, compañías, tramas; todo se tienta, de todo se echa mano; no hay cosa que parezca mas seguro, ni que se presente mas plausible que el plan que se ha hecho, que las medidas que se han tomado, cuando todo el edificio viene abajo, todos los grandes preparativos se desconciertan; no es menester mas que una pequeña piedra para trastornar el gran coloso, y despues de tantos cuidados, tantos proyectos, tantas penas, nos encontramos inmediatamente sin nada. Dios se burla así de nuestras orgullosas empresas: queremos subir hasta las nubes por nuestras propias fuerzas: llamamos á gritos la opulencia de las cuatro partes del mundo; la abundancia se muestra y la miseria sigue.

¿Qué gastos no se hacen, qué solicitud no se pone para vestirse con magnificencia, para adornarse con esplendor? Se apura el arte, se agotan tambien los tesoros para brillar, para deslumbrar, para hacerse admirar; y una flor, un lirio que nace en medio de los campos sin cultura, sobrepuja en esplendor, en belleza, en arreglo, en proporcion, en matices del encarnado, del verde, del azul, del blanco, del amarillo, en todo cuanto el arte puede hacer mas relumbrante y mejor proporcionado. El arte mas fino y mas esquisito no puede igualar á la naturaleza; un clavel, un tulipan, la flor mas campestre está mas pomposa, mas espléndidamente vestida, brilla con mas esplendor que el mas

grande de los reyes. *Ahora bien, si Dios viste de este modo á una yerba del campo, que hoy es y que mañana se echa al horno, ¡cuánto mas lo hará con vosotros, gentes de poca fe! ¡Qué justa que es esta reprehension! ¡qué irracional nuestra poca confianza en la Providencia! Nosotros vemos como estiendo sus cuidados hasta sobre una flor que nace hoy y que mañana no es mas que una yerba seca que se arroja al fuego; y ¿tememos que nos olvide habiéndonos formado á su imágen, escogido para su servicio, y destinado para una eterna felicidad? Nosotros nos vemos privados de muchos socorros officiosos, porque carecemos de confianza. Nuestras inquietudes, nuestras solicitudes, nuestra desconfianza, nuestros temores prueban nuestra poca fe. No os inquieteis, pues, añade el Salvador, ni digais, ¿qué comeremos, qué beberemos, con qué nos vestiremos? Estas ansias tan apuradas son excusables en los paganos, que no saben lo que es Dios, ó que no lo saben sino confusamente, porque el error y el pecado les perturban la vista; por consiguiente no conocen ni desean mas que los bienes visibles y perecederos, é ignoran los tesoros de su providencia que con tanta bondad se derraman en todo el universo; mas á vosotros que sois los hijos de Dios, los herederos legítimos de su reino eterno, os seria muy vergonzoso el ocuparos de lo que mira al vestido y al alimento, como si este fuese vuestro principal negocio: debe bastaros saber que vuestro Padre celestial no puede ignorar la necesidad que teneis de ello, y que amándoos tanto como os ama, y sabiendo lo que os falta, es imposible que os vea padecer sin asistirlos. No desconfieis de su providencia, y él tendrá cuidado de proveer á todas vuestras necesidades. Sea el primero de vuestros cuidados buscar el reino de Dios y su justicia, y todo esto lo tendreis por añadidura. Ocupémonos sobre todo del cuidado de merecer el cielo, y de adquirir las virtudes que nos le aseguren. Dios por su parte se encarga de darnos todo lo demás. No nos dispensa Dios por esto de trabajar, y hacer todas las diligencias necesarias para proveer á las necesidades de nuestra familia y de todos aquellos que dependen de nosotros. La negligencia en esto no seria perdonable; pero no debe mirarse como el negocio principal, y frecuentemente el único, la solicitud de los bienes temporales; debemos trabajar, debemos aplicarnos á llenar todos los deberes de nuestro estado; debemos dar su tiempo á los negocios temporales; pero todo esto debe estar subordinado al grande é importante negocio, el cual es propiamente nuestro único negocio, esto es, el de la salvacion.*

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Custodi, Domine, quæsumus, Ecclesiam tuam propitiatione perpetua: et quia sine te labitur humana mortalitas; tuis semper auxiliis et abstrahatur à noxiis, et ad salutaria dirigatur. Per Dominum.

Conservad, Señor, vuestra Iglesia, por medio de una asistencia continua de vuestra misericordia; y porque siendo el hombre flaco, cae á cada paso si vos no le sosteneis: concedednos vuestro divino auxilio que nos retire sin cesar de todo lo que puede dañarnos, y nos conduzca á todo lo que puede servirnos para nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola está tomada de la que escribió el apóstol S. Pablo á los galatas, capítulo 5.

Fratres: Spiritu ambulate, et desideria carnis non perficietis. Caro enim concupiscit adversus spiritum; spiritus autem adversus carnem: hæc enim sibi invicem adversantur: ut non quæcumque vultis, illa faciatis. Quòd si spiritu ducimini non estis sub lege. Manifesta sunt autem opera carnis: quæ sunt fornicatio, immunditia, impudicitia, luxuria, idolorum servitus, veneficia, inimicitia, contentiones, æmulationes, iræ, rixæ, dissensiones, sectæ, invidia, homicidia, ebrietates, comessationes, et his similia, quæ prædico vobis, sicut prædixi; quoniam qui talia agunt, regnum Dei non consequentur. Fructus autem Spiritus est: charitas, gaudium, pax, patientia, benignitas, bonitas,

Hermanos míos: Caminad conforme al espíritu, y no ejecutaréis los deseos de la carne. Porque la carne tiene deseos contrarios á los del espíritu, y el espíritu los tiene opuestos á los de la carne. Hácense la guerra el uno al otro, de modo que no haceis en todo lo que quisierais hacer. Si es el espíritu el que os conduce, no estais bajo de la ley. Ahora bien, las obras de la carne son bastante visibles; las cuales son la fornicacion, la impureza, la impudicia, la lujuria, el culto de los ídolos, los envenenamientos, las enemistades, las contestaciones, los zelos, los arrebatos de cólera, las querellas, las disensiones, las cábalas en materia de doctrina, las envidias, los homicidios, los esce-

longanimitas, mansuetudo, fides, modestia, continentia, castitas. Adversus hujusmodi non est lex. Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiiis, et concupiscentiis.

del vino, las disoluciones, y las cosas semejantes á estas. Sobre todo lo cual os digo, como ya os lo he dicho, que los que hacen tales obras no poseerán el reino de Dios. El fruto empero del espíritu es la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la dulzura, la bondad, la longanimitad, la mansedumbre, la fe, la modestia, la continencia, la castidad. Con respecto á los que tienen estas cualidades, no hay ley. Mas los que pertenecen á Jesucristo, han crucificado su carne con sus vicios y sus concupiscencias.

«San Pablo habla á los gálatas en algunos pasajes como si hubiesen sido judíos; mas en todo el resto de la carta muestra bastante que habian sido convertidos del paganismo, pues que le dice que en otro tiempo no conocian á Dios, y que adoraban divinidades que no merecen este nombre. S. Gregorio cree que esta carta se escribió desde Efeso, tres ó cuatro años despues de su conversion.»

REFLEXIONES.

Los arrebatós de la cólera: este es uno de los frutos, segun el santo Apóstol, de la concupiscencia y de la carne; de este fondo nacen las espinas, cuya picadura está siempre envenenada, y cuyas puntas no se embotan. *La cólera y el furor, una y otro son execrables*, dice la Escritura. (Ecl. 27.) Y *¿quién puede sostener la violencia de un hombre arrebatado?* (Prov. 27.) Es extraño que los tristes efectos de esta pasión desenfrenada no sirvan mas que para desacreditarla, sin que logren debilitarla. Querellas sangrientas, procesos imprudentemente intentados; enemistades inmortales, pérdida de bienes, accidentes, golpes funestos, desgracias que ni aun la muerte termina: tales son los frutos amargos de la cólera. Duélese uno despues, se contiene, se lamenta; pero ¿de qué sirve sujetar la mano despues que se ha tirado la piedra? El fuego apagado no deja otra cosa que negros carbones y cenizas. Confiesa uno que se ha arrebatado, detesta su violen-

cia; pero ¿de qué sirve esta confesion? La calma no dura mucho tiempo. La acritud, la destemplanza del humor, causa muy pronto nuevos escesos; y las nubes espesadas, nuevas tempestades. La cólera procede de la estrema sensibilidad que nos causa todo lo que nos hiere: el orgullo es el que la escita y la enciende. Por mas que se acuse el natural, la bilis, el temperamento, el hombre humilde jamás montó en cólera. Nunca hay tempestades si no hay vientos recios. La dulzura, que es la contraposición de ella, es inseparable de la humildad cristiana. La cólera es incompatible con la inocencia; un corazon que se irrita tan fácilmente, es un corazon dañado. (Prov. 27.) ¡Qué pasión mas odiosa ni mas indigna de un hombre de bien, y de un hombre cristiano, que la cólera! Los pueblos un poco civilizados, aunque paganos, la han mirado con horror; los mas bárbaros la han reprobado, luego que han llegado á ser fieles. La cólera es un frenesí, corto á la verdad, pero que no pertenece por eso menos á la locura; siempre va acompañada de furor, y de una especie de enajenacion de espíritu. No hay pasión mas universalmente condenada, y ninguna reina mas universalmente, porque no la hay que nos domine mas pronto. Cuasi siempre es de la misma edad que nosotros. Se lisonjea en los niños; se sufre en los jóvenes; hasta se escusa con la viveza de la edad. A la verdad, una piedad sincera comienza desde luego por domar este fiero enemigo, y esto mismo prueba cuan rara es la piedad verdadera. Lo mas singular es que nos servimos de una máscara de piedad para disfrazar esta pasión; y esto es lo que ha hecho decir, que no hay cólera mas maligna que la de un devoto. Agráviase á la religion sirviéndose de un nombre tan santo para designar gentes que lo son tan poco. La virtud no tiene hiel, y un hombre de bien no se encoleriza sino contra si mismo. Sus defectos son el objeto único de su bilis; la sensibilidad, la acritud, la cólera, no se hallan nunca con la verdadera devocion. Hay tambien cóleras mudas; estas no hacen tanto ruido, pero hacen todavia mayor mal. No nos ha herido el rayo, cuando se ha oido el trueno; lo temible es cuando ni aun se ve el relámpago. Esas cóleras tumultuosas y de ruido, son criminales; pero su malignidad cesa con el ruido.

El Evangelio de la misa es de S. Mateo, cap. 6.

In illo tempore: Dixit Jesus. En aquel tiempo dijo Jesus *discipulis suis: Nemo potest duo-* á sus discípulos: Ninguno pue-
bus dominis servire: aut enim de servir á dos señores, por-